

Un día, no recuerdo si despedí á Luisa ó ella me despidió á mí.

No lo sé á punto fijo, porque hace ya mucho tiempo de esto, y los frecuentes cambios de guarnición no favorecen en nada ciertos recuerdos de carácter puramente domésticos.

Sin embargo, no me había olvidado de la pobre muchacha y me acordaba de ella cuando por casualidad acudía á mi memoria la palabra *chocolate*.

Ahora bien; noches atrás estaba yo con el capitán Giverny en el vestíbulo del teatro de *Varietés* viendo salir la gente que había asistido á la representación de la *Vida parisiense*, cuando de pronto me llamó la atención una mujer elegantemente vestida, con la falda guarnecida de un volante de Chantilly y las manos llenas de sortijas de gran valor.

Llevaba además un magnífico abrigo de riquísimas pieles, que indudablemente había costado un dineral.

—¿Cuál sería mi sorpresa al reconocer en aquella mujer á Luisa Gardener, siempre hermosa y agradable, á pesar de notarse en su rostro una expresión de gravedad hasta entonces desconocida para mí!

—Era Luisa, mi inolvidable Luisa!

Sin pensar en lo que hacía y palpitante de emoción, me coloqué en primera fila, y en el momento en que mi antigua doncella pasaba por delante de mí, le grité:

—*Chocolate!*

Luisa levantó los ojos, se sonrió de un modo imperceptible, se puso muy encarnada y pasó tranquilamente por mi lado.

Y en aquel momento, sólo en aquel momento, noté la presencia de un caballero condecorado, al cual Luisa daba el brazo y que preguntaba con acritud:

—Dime, hija mía, ¿por qué ese caballero te ha dicho *chocolate*?

—No lo sé—contestó Luisa.

La pareja desapareció entre la multitud, y salió á la calle discutiendo con animación y energía.

—¿Te has vuelto loco?—me dijo Giverny.

—¿Por qué le has gritado *chocolate!* á madame de Arthez?

—Esa madame de Arthez, es Luisa Gardener?

—Sí, señor, Luisa Gardener en persona, que se casó hace tres años con el señor de Arthez, contador del Tribunal de Cuentas.

—¿De veras?—pregunté asombrado á mi amigo.—¿Luisa mujer de un contador! ¿Quién hubiera podido sospecharlo? ¡Decididamente hay en este mundo seres muy afortunados!

—Y Luisa es uno de ellos.

—No soy curioso—esclamó Poutades—pero me gustaría saber lo que madame de Arthez habrá dicho á su marido para explicarle mi brutal grito de *chocolate!*

—Iré á preguntárselo mañana mismo!

Ricardo O'Monroy

A principios del siglo pasado, el Arzobispo del Cantorbery, Monseñor H., tenía la costumbre de dar grandes paseos por los campos sin acompañamiento alguno, pues gustábase hacer por su mano limosnas á los pobres que encontraba en su camino; y cuando no, iba á buscarlos á las miserables chozas que les servían de albergue.

Internóse cierta tarde en una selva, y á pocos pasos halló á un hombre vestido con el traje típico del país que, sentado en el césped y teniendo ante sí un tablero de ajedrez con sus piezas, parecía absorto y enfrascado en la resolución de algún dificultoso problema.

El ruido que hizo el Prelado al acercarse no distrajo al solitario jugador, el cual continuó en la misma postura de hombre meditabundo.

—¡Eh, buen amigo!—dijole el Arzobispo, poniéndole familiarmente una mano sobre el hombro—¿Qué haces?

—Ya lo veis, Monseñor: juego al ajedrez.

—¿Tú solo?

—No, Monseñor; juego con Dios.

—¿Con Dios? ¡Hombre, hombre!...

—Ni más ni menos; y por cierto—continuó el paisano fijando tristemente la mirada en el tablero—que me temo haber perdido esta partida... Repare Monseñor en ese caballo y aquella torre que amenazan á mi rey.

Sonreíase el Arzobispo bonachonamente viendo que el jugador se apresuraba á defender el rey, moviendo al efecto un alfil.

—¡No hay remedio!—siguió diciendo el jugador.—Ahora salta el caballo á esta casilla, subo yo el peón, me lo come con la torre y... ¡mate!

Terminada la partida, el hombre, con evidentes señas de disgusto, sacó del bolsillo dos guineas y se las alargó al Arzobispo, diciéndole:

—Le ruego, Monseñor, que tome este dinero que acabo de perder.

Pero es que yo no te lo he ganado.

—No importa; siempre que pierdo dispone Dios que pase por mi lado la persona á quien he de entregar la cantidad perdida... Ahora jugaba dos guineas; y como sois vos el primer cristiano que veo después de terminada la partida, á vos he de pagar la deuda. Conque suplico á Monseñor que no se oponga á la voluntad divina.

—¡Vaya, hombre!—contestó el Arzobispo, decidiéndose á tomar las monedas.—Después de todo, más vale que emplees el dinero en limosnas que no en la taberna. Los pobres te lo agradecerán.

—Eso... á Dios será, que no á mí.

Dijo el hombre, guardó en un saquito las piezas, cargó con el tablero y alejóse, no sin saludar antes con respeto al buen Arzobispo, que se quedó maravillado de la simplicidad de aquel singular jugador de ajedrez.

—¡Es un alma de Dios ó un loco!—pensaba mientras iba caminando de regreso á su palacio.

Algunos días después volvió á pasar Monseñor H. por el mismo lugar de la selva, y allí encontró al hombre de marras en igual postura que la otra vez, con su tablero delante y cavilando jugadas.

—¿Qué tal esas partidas?—le preguntó el Arzobispo con su habitual sonrisa de bondad.

Levantó el hombre la cabeza y contestó:

—¡Ah, Monseñor! He sufrido una racha muy mala, días tremendos de perder de corrido muchas partidas... A seguir soplando tan malos vientos, créame que me quedo en la miseria.

—Pero es natural que pierdas siempre... A un competidor como el que tienes, ¿quien se resiste?

Sin embargo, Monseñor: sea que Su Divina Majestad se descuide algunas veces de un modo voluntario, ó que El me inspire las jugadas... ello es que en ocasiones el triunfo es mío. Ahora, por ejemplo, voy á tomar el desquite.

—¿Cómo?

—Sí, Monseñor, el desquite; porque... ó yo no entiendo palotada de ajedrez, ó esta partida la llevo en el pico, es decir, que la tengo ganada; y como juego ciento cincuenta guineas...

Calló un momento el hombre, mientras miraba con gran atención el tablero, y luego se puso á mover febrilmente las piezas.

—¿No lo dije? Mire vuestro honor... me como la reina con la torre, paso el alfil á esta casilla, salta aquel caballo á esta otra, jaqueo con el peón, el rey huye á la casilla blanca... y yo, con la torre, ¡doy mate! Acabo de ganar-me ciento cincuenta guineas.

—Bueno; pero ¿quién te las va á pagar?

—¡Oh! Estoy seguro que será Monseñor.

—¡Yo!

—Sí; precisamente lleva vuestra Eminencia esa cantidad en la bolsa para los pobres, y también para un donativo de importancia... Y ha de saber Monseñor que siempre que gano hace Dios pasar por mi lado la persona encargada de pagarme la cantidad ganada.

—Amigo mío, creo que te equivocas.

—De ningún modo... Hay en esta selva seis ó siete honrados amigos míos que no me dejarán mentir... Vuelva Monseñor la cabeza y los verá.

Volvió, en efecto, la cabeza el incauto Prelado, y si no pudo ver á los *honrados amigos* de su interlocutor, vió, en cambio, las bocas de varios arcabuces asomando por entre el espeso follaje.

Apresuróse, pues, á pagar la deuda, que más bien era del diablo que de Dios, y á paso ligero abandonó la selva para reunirse con sus familiares, sacando la siguiente enseñanza de aquella aventura:

«Es peligroso fiarse de los hombres cándidos que juegan con Dios al ajedrez... en sitio deshabitado.»

Ramiro Blanco.

CURIOSIDADES

UN TREN MODELO

Lo será de fijo el que en breve empezarán á construir los ingleses en Dalta (India occidental), con el objeto de unir aquella ciudad con el fuerte de su nombre, situado á unas tres millas del poblado.

Los planos, ideados por un ingeniero militar del mismo destacamento de Dalta, han sido ya aprobados, y de uno á otro día se dará principio á los trabajos.

Aunque el recorrido, como queda indicado es muy corto, se tardará bastante tiempo en construir esta línea, pues ha de practicarse sobre roca viva, y serán muchos los metros cúbicos de aquella que será preciso volar para dar paso á los trenes que por esta vía han de circular á diario.

Este ha sido el motivo y la razón que se ha tenido presente al trazar el proyecto, ideando un tren cuya línea sólo medirá 40 centímetros de anchura y

unos 70 los vagones, por cinco metros de longitud.

La locomotora encargada de arrastrar este diminuto convoy, de una fuerza potencial muy considerable, por exigirlo así las fuertes pendientes, sólo medirá unos cuatro metros de longitud, y será construída en uno de los talleres de Siedman, en Bélgica.

Fácil es adivinar, dadas las dimensiones de un vagón de los del tren de Dalta, que las personas que en ellos viajen irán sentadas una á una, detrás una de otra, de modo que los viajeros resultarán como puestos en fila, mirando en dirección á la locomotora.

A más de las dificultades materiales que hay que vencer para horadar la roca, ha habido antes que vencer otras de índole política, pues el Rajha de Dalta, uno de los más fanáticos de la India inglesa, se opuso en un principio terminantemente al proyecto, manifestando que no consentiría el ferrocarril en su región.

El destacamento inglés que se halla acuartelado en la fortaleza, desea, por el contrario, que cuanto antes se termine esta curiosa obra, pues, aparte de ser penosísima la subida al castillo en la actualidad, es también muy peligrosa, siendo varios los soldados que se han despeñado al menor descuido.

Además, en tiempo de lucha, el fuerte, por lo mismo que es casi inaccesible para un asalto, queda también aislado para sus defensores, que en vano intentarían hacer salida alguna, y mucho menos comunicarse ni llegar al poblado.

Eto es lo que, desde luego, se evitaría en gran parte con este rarísimo tren, y quizás en este temor estribase, más que en las supersticiones, la oposición del Rajha.

Sea como quiera, si este ferrocarril funciona, será el más estrecho del mundo, y su aspecto será, valiéndonos de un símil, una aguja introduciéndose en un monte.

Ptolomeo.

MODAS

Esta sección está á cargo de la elegante Revista *La Ultima Moda*.



Traje de ciclista.—De *cheviotte beige* Pantalón bombacho. Chaquetita ajustada, con cuello vuelto y carteras de las mangas pespunteadas con seda negra. Camiseta de batista blanca menudamente plegada. Corbata de seda azul. Sombrero de paja beige, adornado con una drapería anudada, de seda beige rayada con rizaditos de seda azul.



NAUFRAGOS